

este sentido se pueden comparar los incrédulos con los mártires: éstos sufrieron tormentos físicos para fundar una religión nueva; aquéllos han sufrido tormentos morales para preparar un nuevo desarrollo de la religión (1).

Los nombres de Semler y de Parker serán sospechosos para nuestros ortodoxos, que en medio de la estrechez de su espíritu no comprenden que exista cristianismo fuera de su pequeña Iglesia. Les citaremos otra autoridad; cierto que también procede de la Reforma, pero *Vinet* es tan apegado á las creencias esenciales del cristianismo, que para negarle el título de cristiano sería preciso ser más que ortodoxo. Oigamos, pues, el juicio que un hombre de tan profunda fe forma del jefe de los incrédulos: "Voltaire desempeñó la tarea para la cual había sido enviado; destruyó. Se parece á uno de esos invasores de pueblos que, como Genserico, reciben por consigna: *Marcha en dirección á los pueblos donde sopla el viento de la cólera de Dios*. Ha destruido el bien y el mal, porque como andan mezclados en el mundo, no se puede pegar al uno sin herir al otro. Después de todo, se ha ensalzado á Voltaire por toda esa destrucción; pero no se toma en cuenta que todo iba ya sucumbiendo, y que él no ha dado muerte más que á un moribundo. Lo mismo habría muerto de gangrena, aunque hubiese durado algún tiempo más; lo que hizo fué acelerar el tiempo y convertir una enfermedad crónica en enfermedad aguda. Un síntoma infalible del mal era la flaqueza del bien. Se dirá que Voltaire ha destruido la fe, la moral y el cristianismo; pero ¿dónde estaban la fe y el cristianismo? ¿No había sido todo ello herido mortalmente en tiempo de Luis XIV? Obsérvese bien el estado en que se hallaba el partido á quien combatía Voltaire. Ni la Iglesia galicana ni la reformada pudieron poner enfrente de él un solo hombre. La ciencia teológica no se había renovado desde Bossuet; la filosofía abandonaba á los defensores del Evangelio, que es de suyo una filosofía; después de todo le faltaba la vida. Y no hubieran bastado los libros para cambiar la marcha del siglo; era indispensable la energía de la acción. Aparte de que había que consumir un acto de venganza, había que realizar un acto de justicia, había que expiar siglos enteros. El cristianismo, al hacerse un poder en la tierra,

(1) PARKER, *Werke*, t. IV, p. 290, 292.

había tomado un elemento corruptor y pronunciado con ello su propia sentencia; era preciso que fuera enviado al desierto. *Toda la obra de Voltaire ha sido una necesidad y una preparación*, (1). Estamos de acuerdo con *Vinet*, sólo que no entendemos como él la preparación. Nosotros creemos en un cristianismo perfectible y progresivo, pero no en una religión ideal predicada por el Cristo.

## § II.—Los deístas y la revelación.

### N.º 1.—¿Qué es el deísmo?

La palabra deísmo es tan vaga que se puede aplicar á las más contrarias opiniones. Bajo cierto sentido, los más ortodoxos cristianos, protestantes ó católicos, se pueden llamar deístas. Y por otra parte, deísmo es sinónimo de incredulidad y casi de ateísmo para muchos fanáticos. Los deístas ingleses no han ocultado su bandera, y se llaman libres pensadores. Uno de ellos ha escrito un libro acerca de *la libertad de pensar* (2), y todos permanecen fieles á esa doctrina. Ya hemos encontrado el libre pensar en los filósofos que pretendían identificar la fe y la razón. No hay pensador más audaz y más libre que Descartes dentro de ciertos límites. En la esfera de la filosofía no quiere aceptar más que aquello que su razón le demuestre con evidencia. Pero todo lo audaz que es en el terreno filosófico es de pusilánime en cuanto la filosofía se roza con la fe. En tratándose de la revelación, Descartes cree á cierra ojos; ¿y qué digo creer? hasta renuncia al uso de su razón en las mismas cuestiones de ciencia, cuando la Iglesia tiene por conveniente imponerle silencio en nombre de la fe. Eso era una inconsecuencia á la vez que una abdicación de los derechos de la razón. Los deístas ingleses, mucho más lógicos, proclamaron la libertad absoluta de pensar: su misión era la de aplicar á la religión el criterio de la evidencia que Descartes quería limitar á la filosofía.

Oigamos á uno de los más claros talentos que ilustraron el deísmo. Shaftesbury dice que la libertad de pensar constituye la esencia del entendimiento humano. El hombre no tiene más misión que la de trabajar por su emancipación, porque no

(1) VINET, *Histoire de la littérature française au dix-huitième siècle*, t. II, p. 172.

(2) COLLINS.

es hombre en toda su plenitud cuando no es libre. No hay duda que debe amar y adorar á Dios, como dicen los teólogos; pero ese mismo amor y esa adoración exigen la libertad más completa. ¿Se concibe acaso un amor impuesto ni un culto forzado? ¿Es amar el obedecer como esclavos á una ley que se nos impone con la amenaza de un castigo? ¿Es adorar á Dios el practicar un culto con la esperanza de una recompensa? Eso equivaldría á decir que los esclavos aman á su dueño porque se someten á su látigo, y que le adoran porque le adulan para obtener un agasajo cualquiera. Shaftesbury compara los cristianos á un grupo de mendigos que rodea á un carruaje: los bisoños se contentan con tratar de *usted* á las personas que imploran; pero los viejos y marrulleros les dan siempre el tratamiento de *Excelencia*, diciendo para sus adentros: si en el carruaje viene un verdadero *Excelencia*, nada aventuramos; y si es un aceitero, se pavoneará al verse tratado de *Excelencia* y la limosna será mayor. ¿Quiere acaso Dios ser tratado como un droguero? ¿Exige, por ventura, que los hombres á quienes ha dado el hermoso don de la libertad se hagan esclavos voluntarios para agradecerle? ¿Hay concepto más innoble de la divinidad y puede rebajarse más á los hombres á quienes Dios ha hecho libres? (1).

Si el deísmo significa libertad de pensar, dicen los ortodoxos, es enemigo del cristianismo, y aun de toda religión, porque el libre pensar destruye la fe. ¡Singular razonamiento! responde Shaftesbury: el primer artículo de toda religión, la primera creencia que la sirve de base, ¿no es acaso la creencia en Dios? El que se llama deísta es por ello mismo religioso; y si es religioso, ¿cómo podría destruir la religión? Hay, en verdad, formas religiosas que el deísmo reprueba; y así rechaza el politeísmo como rechaza el ateísmo. ¿Será acaso el cristianismo politeísta? Si no lo es, es muy compatible con el deísmo; y aun hay más: para ser buen cristiano es necesario principiar por ser un firme deísta. Los ortodoxos objetan que el deísmo excluye toda otra creencia, especialmente los misterios y la revelación. Ni aun eso es cierto, responde Shaftesbury: el que cree en Dios puede creer también que Dios se ha revelado á los hombres. Dudamos mucho que nuestro filósofo diga en este

(1) SHAFTESBURY, *Characteristics of men*, t. I, p. 322, 329.

punto todo su pensamiento; se ve que guarda ciertos miramientos y contemplaciones; si se han de creer sus palabras, es ortodoxo, pero de una ortodoxia á la inglesa: respeta á la Iglesia porque es un establecimiento legal, y porque hasta la fe se ha exigido durante mucho tiempo en Inglaterra como condición para ser ciudadano inglés. Cuando se toma por punto de partida la libertad de pensar, no puede ya tratarse de revelación, á lo menos de revelación milagrosa, ni de misterios. El mismo Shaftesbury lo confiesa en un arranque de impaciencia: "No se dirá que el cristianismo es una especie de magia, dice, que no tiene nada de común con la razón y que la teme", (1). Si, el cristianismo tradicional es una verdadera magia, y hace bien en temer la razón, porque la razón y la fe revelada no se pueden entender.

Si la ortodoxia combate el deísmo en nombre de una fe milagrosa, por su parte los deístas tienen algún derecho á combatir la ortodoxia. Oigamos á un pensador más resuelto que Shaftesbury. Tindal no admite cristianismo milagrosamente revelado, y trata de probar que el verdadero cristianismo es tan antiguo como el mundo, muy anterior, por lo tanto, á lo que los ortodoxos llaman la Encarnación del Hijo de Dios, en cuyo supuesto la Encarnación no tiene razón de ser. ¡Sacrilegio! exclaman los devotos. Y Tindal les responde: "Los culpables del crimen que imputáis á los libres pensadores sois vosotros: ¿hay mayor sacrilegio que mutilar la obra de Dios? Pues eso es cabalmente lo que hacéis cuando atacáis la libertad de pensar en materia de fe. ¿Puede el hombre vivir sin pensar? ¿No es el pensamiento el que le distingue de los otros seres creados? Y ¿se concibe el pensamiento sin la libertad? Si se quisiese escoger un emblema de la libertad, ¿no se elegiría el pensamiento? Es tan libre que es imposible esclavizarlo; y se necesita que él mismo se someta á una servidumbre voluntaria para que deje de ser libre. ¿Qué hacen, pues, los ortodoxos combatiendo el libre pensar? Combaten á la razón misma. Y ¿no es eso hacer la guerra á Dios, que nos ha dado la razón y la libertad para usar de ella, puesto que no sabríamos ejercerla sin libertad?", (2).

(1) SHAFTESBURY, *Characteristics of men*, t. II, p. 172; t. III, página 261.

(2) TINDAL, *Christianity as old as the creation*, p. 180.



"Otro deísta, Toland, dice que la razón es la verdadera y la primera ley, la luz de la vida.,, ¡Pensamiento sedicioso! gritan los defensores del cristianismo. De modo que no es de hoy el verse la libertad acusada de licencia; pero esto no ha impedido á los Ingleses el proclamarla y practicarla en el orden político, sin alarmarse mucho porque la licencia venga alguna vez á mezclar en aquélla sus extravíos. ¿Por qué no se había de hacer otro tanto en la esfera del pensamiento? El libre pensar es aliado íntimo de la libertad política, hasta el punto de que ésta es un vano nombre ó es una añagaza allí donde el pensamiento no es libre. No es posible ser libres cuando nuestra inteligencia está oscurecida entre las tinieblas de la superstición. Y ¿no es la peor de las tiranías aquella que hace imposible toda libertad? Celebremos, pues, con Toland el libre pensar, porque él emancipa al hombre del despotismo y de la superstición. La licencia no es la obra del libre pensar; es el efecto inevitable de las pasiones humanas, y de él no es responsable la libertad, y mucho menos los deístas. Toland dice (1), en el más censurado de sus libros, "que la libertad difiere tanto de la licencia como de la esclavitud. Seamos esclavos de las leyes, añade, para poder ser libres.,,"

Sin embargo, es indudable que el libre pensar, aplicado á la religión revelada, llega á ser un instrumento de destrucción, y tal es el gran cargo que los ortodoxos de todos colores hacen á los deístas. El cargo es bien merecido; pero hay una obra de destrucción que es necesaria, como acaba de decirnoslo un pensador cristiano. Hay, pues, que ver lo que el deísmo ha destruido antes de condenarle. Y hay que ver, además, si lo que ha hecho es sólo destruir. El principio de la evidencia de Descartes ha destruido en filosofía las falsas nociones y las quimeras de que estaba atestado, y no por eso se dirá que Descartes ha destruido la filosofía. Pues bien, los deístas, y al frente de ellos Toland, dicen que, si hay verdades de fe, deben tener para nosotros la misma evidencia, porque ésta constituye la esencia de toda verdad, la cual sólo existe para nosotros con esa condición, en cuyo caso no puede ya haber cuestión de misterios. Toland prueba que el *cristianismo no es misterioso*. Suponiendo que sus dogmas hayan sido revelados di-

(1) TOLAND, *Pantheisticon*, p. 49, 57, 67.

rectamente por Dios, ¿qué importa eso? Si esos dogmas son verdades, es preciso que el entendimiento humano los pueda concebir; de lo contrario, es como si no existieran para él. La distinción que Leibnitz establece entre lo que es contrario y lo que es sólo superior á la razón no satisface al deísta inglés, el cual confiesa de buen grado que nuestra inteligencia es limitada; pero añade que esos límites son lo mismo para toda clase de verdades: lo mismo para las que enseña la filosofía que para las que predica la religión. Dentro de esos límites comprendemos las verdades que se dirigen á nuestra razón, por más que no tengamos la noción absoluta; ésta sólo pertenece á Dios, pero nosotros tenemos una noción bastante clara para que aquellas verdades puedan servirnos de guía. Si hay pretendidas verdades de fe que no puedan ser comprendidas en ese sentido, no son ya tales verdades, son quimeras. De esa clase son los misterios de la teología cristiana; pero esos misterios son extraños al verdadero cristianismo.

¿Acaso son misterios los que Jesucristo ha predicado? ¿Son misterios los que encargó á sus discípulos que anunciaran al mundo? Toda la predicación evangélica se resume en dos palabras: "Convertíos, porque el reino de Dios está próximo.,," Es una enseñanza esencialmente moral; de consiguiente, es la moral y no el dogma ó la fe lo que constituye la esencia de la religión cristiana. Y ese elemento moral y práctico del cristianismo es el que Shaftesbury se encargó de demostrar con toda evidencia. No niega éste el origen divino de la revelación, y hasta parece que le admite; en realidad, le es indiferente bajo el punto de vista que se coloca. Lógicamente el deísmo debía llegar á reducir la religión á la moral, lo cual destruye la revelación milagrosa en su esencia. Los deístas comenzaron por someter al examen de la razón los milagros que son la prueba por excelencia de la divinidad del Evangelio y del que le ha predicado. ¿Y qué encontraron? Un montón de absurdos y naderías. Esto obligó á los deístas á examinar la esencia de lo que se llaman milagros, y aquí llegaron al mismo resultado que Espinosa; el milagro es una perturbación de las leyes generales de la naturaleza; luego es imposible, porque lo que hace la esencia de las leyes que rigen al mundo es el que son siempre las mismas. Con los milagros caían igualmente las profecías, porque son una especie de

milagros, y las que la Biblia refiere no están hechas para hacer creíble lo que es increíble por su naturaleza.

La revelación sobrenatural se destruye con los cimientos sobre los que ha levantado la ortodoxia ese ruinoso edificio. Si el cristianismo no es una religión milagrosamente revelada, no difiere esencialmente de las demás religiones que nos dan preceptos acerca de nuestro destino y de nuestras relaciones con el Ser Supremo. Los mismos defensores del cristianismo han tratado de extender sus raíces llevándolas á la más alta antigüedad, y Tindal abunda en ese sentido, como se ve en su obra sobre *El cristianismo tan antiguo como el mundo*. Pero la antigüedad de la religión cristiana en boca de los deístas tiene otro sentido que el que le dan los ortodoxos, los cuales hacen remontar el cristianismo hasta el origen del mundo para universalizar el milagro de su divinidad, mientras que para los deístas el cristianismo deja de ser milagroso por lo mismo que es anterior á Jesucristo, siendo esta la prueba para ellos de que es idéntico á la ley natural que Dios grabó en el corazón del hombre al crearle. Y en este orden de ideas, ¿qué es del cristianismo histórico? Hay que descargarle de lo que la ignorancia, la superstición y el espíritu de mando le han agregado, y ese es el trabajo secular en que viene empeñada la humanidad entera y que continúa. Quedará entonces reducido á una religión moral, lo cual no quiere decir que los deístas ingleses hayan pretendido reemplazar la religión con la moral, como lo han hecho más tarde los incrédulos de Francia; lejos de eso, aquéllos mantienen la religión, pero la desnudan de todo lo que es ajeno á la moral. La diferencia es grande, porque, de una parte, subsiste la idea de Dios así como la de la inmortalidad del alma, creencias que, si no fundan la moral, la dan por lo menos una fuerza muy grande.

Pero ¿qué es el cristianismo reducido al elemento moral? Lo mismo que la religión natural. Falta saber si el cristianismo de los deístas es el verdadero cristianismo que predicó Jesucristo. Nosotros creemos insoluble esta cuestión, porque no conocemos la *buena nueva* más que por una tradición que ha alterado más ó menos la enseñanza del maestro. Los deístas han sostenido, como era natural, que su *cristianismo no misterioso* era el de Cristo; y si se les pregunta por qué esa religión racional se ha corrompido desde la primera gene-

ración, responden que el principio de la fe alteró el de la moral: los hombres creyeron que su salvación dependía de creer mucho más que de hacer. Esa es la causa por la cual el cristianismo ha degenerado en prácticas más ó menos supersticiosas. Si los deístas hubieran examinado la cosa de más cerca habrían descubierto el primer germen del mal que deploran en la predicación evangélica. No lo vieron, porque no querían ó no podían verlo; querían continuar siendo, ó por lo menos llamándose cristianos.

#### N.º 2.—De dónde procede el deísmo.

Lord Shaftesbury había conocido íntimamente al filósofo inglés Locke; y dice de él en sus *Caracteres* que era sinceramente cristiano, sin embargo de profesar una filosofía que en el fondo era la de Hobbes, el sensualismo: otro tanto puede decirse de Tindal, de Collins y de todos los libres pensadores (1). En este concepto, el deísmo procedería de Locke y de una falsa filosofía. Ciertamente que Locke tuvo relaciones con los deístas, y existe una carta que el filósofo septuagenario escribió al autor del *Discurso sobre la libertad de pensar*, en la que le dice: "Soy una pobre criatura ignorante; si de algo puedo vanagloriarme es de amar y de buscar sinceramente la verdad, sin que me importe el que agrade ó desagrade... Creedme, amar la verdad por sí misma es el punto principal de la perfección humana y el principio de todas las virtudes.,," Un libre pensador podría firmar esa carta; pero ¿cómo conciliaba Locke su filosofía sensualista con su *cristianismo razonable*? Destierra todos los misterios de la religión como lo hacen los deístas, y mantiene solamente la fe en Jesús, sin explicarse acerca de la naturaleza del Cristo; de forma que lo mismo podían llamarse cristianos los que no ven en aquél más que un profeta que los que le adoran como Hijo de Dios. Ese único artículo de la fe de Locke podían también aceptarle los deístas, que pretendían ser discípulos de Jesucristo. El vínculo entre el filósofo inglés y los deístas es incontestable; pero los discípulos fueron más audaces que su maestro. Oigamos á Bolingbroke, el más claro talento, después de Shaftesbury, que ha ilustrado el deísmo inglés: "Locke,

(1) SHAFTESBURY, *Characteristics*, t. 1, p. 344.



dice, era de una timidez excesiva en las cuestiones religiosas; hasta vacilaba en sus principios filosóficos cuando se rozaban con la religión. El filósofo había conservado un respeto habitual á las Sagradas Escrituras; y para salvar la divinidad del Antiguo Testamento, había recurrido á las más extrañas hipótesis, llegando hasta admitir que Dios, queriendo ser el rey de un pueblo elegido, debía proibir la idolatría y castigarla con pena de muerte como delito de alta traición. Bolingbroke, gran admirador de Locke, se avergüenza de sus debilidades y contemplaciones (1).

Pero si los deístas proceden de Locke, yendo más adelante, ¿de dónde procedía éste? Quizá haya alguna relación oculta entre su *cristianismo razonable* y su doctrina filosófica. Verdad es que los que están convencidos de que todas las verdades proceden de la sensación no deben estar muy inclinados á creer en misterios, aun cuando se diga con Leibnitz que son superiores, pero no contrarios á la razón: para un filósofo sensualista, los misterios son un contrasentido. Nosotros no creemos que el cristianismo de Locke tenga su origen en su filosofía. Bolingbroke hace bien en censurar su timidez, hasta como pensador: si se le hubiesen demostrado las consecuencias lógicas que se desprenden de su sistema, las hubiera rechazado indudablemente. En otra parte hemos dicho (2) que en el siglo XVII se verificaba un movimiento dentro del protestantismo con tendencias á ensanchar las puertas estrechas del cielo cristiano: comenzaba á causar terror el corto número de los elegidos, y los latitudinarios se esforzaron en hacer la salvación accesible á todo el mundo. Locke participaba de esas tendencias. Había una gran disputa entre las sectas protestantes acerca del número de artículos que era necesario creer para ganar la vida eterna. Abrid los Evangelios, les decía Locke: Jesucristo no nos pide más que una cosa: creer en su misión. Por lo demás, no nos impone creencia alguna, lo que no hubiera dejado de hacer si la fe, en tal ó cual dogma, hubiese sido necesaria para nuestra salvación. Locke esperaba que haciendo al cristianismo *razonable* le haría aceptar á los mismos deístas, sin comprender que, á fuerza de hacer razonable el cristianismo tradicional, destruía

su esencia, puesto que le despojaba de todo elemento sobrenatural.

Venimos á parar en que el deísmo es de origen protestante más bien que filosófico. La doctrina de los latitudinarios era una especie de reacción contra la estrechez y la barbarie de la doctrina calvinista. Calvino toma al pie de la letra la horrible creencia del pecado original y las consecuencias todavía más horribles que saca de ella San Agustín; el rígido juriconsulto va más allá que su maestro en lo horrible y en lo atroz. Cuando en el sínodo de Dordrecht fueron declaradas artículos de fe las horribles creencias sobre la predestinación de los elegidos y la condenación de los réprobos, la conciencia pública retrocedió llena de espanto. De ahí el movimiento latitudinario que se difundió especialmente por la Iglesia anglicana. La revolución del siglo XVII le dió un poder inmenso, y las sectas cristianas dieron el gran impulso á la insurrección contra la monarquía absoluta. Dado una vez el primer paso en la protesta contra la autoridad tradicional, los demás son inevitables: hubo sectarios que se pusieron á investigar los fundamentos de la fe, lo mismo que los presbiterianos y los puritanos habían investigado las bases del poder monárquico, y se les denominó con un nombre muy característico, los *buscadores* (*chercheurs*) (1). Cuando se busca se halla; pero cuando se buscan los fundamentos de la fe cristiana, lo que se halla no es la fe; el término de ese trabajo es el racionalismo, y por eso hubo una secta de racionalistas, con gran escándalo de los viejos ortodoxos, para los cuales la razón era la bestia negra, ni más ni menos que la del Apocalipsis entronizada en Roma. De ellos decía un contemporáneo "que no querían creer más que lo que su razón aceptaba," (2). Aquello era la ruina del cristianismo tradicional. Las disputas entre las sectas y sus excesos no eran nada á propósito para atraer á la fe á los que querían rendir culto á la razón. En el seno del largo parlamento se encontró un partidario de la razón tan resuelto, que propuso se declarase el deísmo religión del Estado, único medio, añadía, de poner término á las discordias que desgarran el Estado y la Iglesia (3).

(1) *Seekers* LECHLER, *Geschichte des englischen Deismus*, página 61, nota.

(2) CLARENDON, *State papers*, t. II, p. 40 del Apéndice.

(3) GIESLER, *Kirchengeschichte*, t. IV, p. 7.

(1) BOLINGBROKE, *Philosophical works*, t. IV, p. 149-153.

(2) Véase la parte novena de mis *Estudios*.

Era aquella proposición el itinerario del culto al Ser Supremo que Robespierre hizo que decretase la Convención Nacional. Pero en Inglaterra, país protestante, el racionalismo religioso no llegó, como en Francia, hasta la incredulidad. Ciertamente que bajo la restauración de los Stuardos hubo una reacción tal cual licenciosa contra el puritanismo de la revolución: la estrecha devoción, que se une muchas veces con la hipocresía y que es inseparable de un exagerado espiritualismo, apartó á los Ingleses de las oraciones y de los cánticos de la Iglesia, prefiriendo una vida alegre á aquella otra existencia que parecía una muerte anticipada. Pero los desórdenes se limitaron al círculo de la corte; en las masas se conservó el sentimiento religioso. Ese es un beneficio de la Reforma, y acaso el más grande de los que se la deben. Las causas que en Inglaterra condujeron al deísmo, en Francia llevaron á la incredulidad más absoluta. Las guerras de religión ensangrentaron á los dos países; y cuando los hombres se cansaron de verter su sangre por motivo de incomprensibles misterios, se preguntaron si aquella era la religión que Dios había enseñado al mundo. En Francia é Inglaterra se dijo: no, esa no puede ser una religión divina; y en el primero de esos pueblos se fué más lejos y se añadió: el cristianismo, en cuyo nombre se degüellan los hermanos, debe ser una quimera ó una superchería, y de ahí el movimiento de incredulidad que, á despecho de todas las reacciones religiosas, continúa en Francia. En Inglaterra, el pueblo dejó al rey y á la corte que se revolcaran en el lodo de la crapulosa disipación y permaneció fiel á su Biblia. En cuanto á los que sienten la necesidad de razonar sus creencias, rechazaron los misterios incomprensibles que habían puesto las armas en mano de sectarios; pero mantuvieron las verdades morales que Cristo había predicado, al paso que reprobaban los dogmas que una Iglesia supersticiosa ha decorado con el nombre de teología cristiana, separando así lo esencial de lo accesorio, aleación muchas veces impura que han hecho las pasiones humanas con el oro del Evangelio. Hé ahí el deísmo.

Es muy cierto que el protestantismo conduce al deísmo, como lo dicen los católicos, sólo que en vez de ser un crimen, es un título de gloria, porque es la única senda que puede salvar el porvenir religioso de la humanidad. El catolicismo es una

cosa anticuada; los que permanecen en él son supersticiosos ó hipócritas; los que salen de él se hacen ateos ó materialistas. Demos gracias á los reformadores por haber sacado á los pueblos del cristianismo tradicional sin hacerles perder la fe. Por mejor decir, es á Dios á quien debemos rendir gracias, porque Él es el que ha guiado á los reformadores por una senda en la cual no habrían entrado si hubiesen visto el término á que conducía. Contaban ellos con permanecer dentro del cristianismo tradicional y creían ser los verdaderos discípulos del Cristo; y si desertaron de la tradición, de la cual se consideraban órganos los más legítimos, fué inconscientemente y á su pesar. ¡Niéguese después de esto, si se puede, el gobierno de la Providencia! Ni Lutero ni Calvino habrían aceptado, bien seguro es, el *cristianismo razonable* de Locke, primer manifiesto del deísmo, y, sin embargo, Locke y los deístas son los discípulos de la Reforma. Si los hombres no han hecho lo que querían y han hecho lo que no querían, ¿quién les ha llevado hacia una doctrina que nosotros ensalzamos? Los que no crean en un ciego acaso responderán: Dios.

### N.º 3.—El deísmo y el cristianismo.

#### I

Toland llama á Jesucristo el sol más esplendente de santidad, de justicia y de ciencia (1). Y el que, según los teólogos ortodoxos, es el apóstol del deísmo, Tindal, se expresa en el mismo sentido. Tindal no quiere que se le llame deísta sin añadir el sustantivo cristiano, porque ya el deísmo era sospechoso de hostilidad contra la religión tradicional: su doctrina, dice él, es un *deísmo cristiano*. ¿Qué diferencia hay, pues, entre los cristianos que se llaman ortodoxos y los cristianos deístas? La de que los primeros no se atreven á valerse de su razón para examinar los dogmas que suponen consagrados por la Escritura; basta que se les diga que una creencia está consignada en los sagrados libros para que la acepten: el ideal de esa ciega fe es Tertuliano, el cual se vanagloria de creer una cosa por el hecho de ser absurda. Los deístas, por

(1) TOLAND, *The constitution of christian church* (A collection of several pieces), t. II, p. 130.



el contrario, someten los dogmas al examen de su razón; y si creen en la Escritura, es por las verdades que en ella encuentran. Creen que Dios les ha dado la razón para servirse de ella; y ¿qué mejor uso podrían hacer que el discernir lo que es verdadero de lo que es erróneo y supersticioso? Así es como adquieren una convicción real de sus creencias, lo cual les hace incontrastables en su fe. Tindal va más lejos y se defiende hasta del cargo de novador: dice que no hace más que lo que han hecho todos los cristianos. Hay que tener en cuenta que se dirige á protestantes, y es bien sabido que las sectas reformadas discuten la Sagrada Escritura. Los más rígidos luteranos habían acusado ya á Calvino de ser racionalista, y la acusación no estaba desnuda de fundamento: el reformador de Ginebra se apartó de la letra de los Evangelios en lo relativo al misterio capital del cristianismo histórico, que es la cena, para adoptar la interpretación más razonable. Desde el siglo XVI, los protestantes de todas sectas siguieron ese camino, y cada uno hacía más ó menos violencia á la Escritura cuando ésta contrariaba su creencia. Y esto ¿por qué? Porque había artículos que la razón no podía aceptar. Pues bien, dice Tindal, los deístas hacen lo que han hecho los arminianos y los latitudinarios: ¿por qué había de negárseles el título de cristianos? (1).

Tindal tenía razón bajo el punto de vista protestante: los deístas ingleses podían llamarse cristianos lo mismo que los unitarios. Pero siempre resultará que su cristianismo no se asemeja gran cosa al cristianismo ortodoxo, aun cuando sea el reformado. Los reformadores comenzaron por aceptar los decretos de los concilios generales que formularon los dogmas cristianos en los primeros siglos de la Iglesia; de consiguiente, permanecieron en la tradición católica hasta cierto punto. Los deístas dieron un paso más en ese camino, subiendo hasta Jesucristo; pero permanecían dentro del espíritu de la Reforma: ¿acaso no pretendían los reformados volver al cristianismo primitivo? Pues desde entonces no convenía detenerse en los tres primeros siglos: ¿quién no sabe todo lo que había agregado á la enseñanza del Cristo en aquel período de tiempo la ignorancia, la superstición y la

(1) TINDAL, *Christianity as old as the creation*, páginas 337, 340, 396, 319.

falsa filosofía? Que se comparen la teología de los concilios y la predicación de la buena nueva, y se verán dos religiones completamente diversas. En el Evangelio no se encuentra un solo dogma; no hay más que máximas de moral. Y no podía ser de otro modo. Jesucristo se dirigía con preferencia á los desheredados de este mundo, á los pobres; ¿podía hablarles de especulaciones metafísicas ni de creencias incomprensibles? ¿Qué les predicó? El arrepentimiento, la conversión; es decir, el renacimiento del hombre interior. ¿Qué falta hacía para esto la teología? La vida santa del Cristo fué la que le atrajo discípulos, no su ciencia teológica, porque no hay un rastro de ciencia en el Evangelio. Después de eso abrid las colecciones de concilios, leed los escritos de los Santos Padres: ¿de qué hablan? De cuestiones abstrusas que ellos mismos declaran que no comprenden, de sutilezas griegas mezcladas á supersticiones paganas: ¿era ese el cristianismo de Jesucristo? (1).

Esa distinción entre el cristianismo de Jesucristo y el cristianismo teológico alterado y corrompido por la superstición, por la filosofía y muchas veces por el interés de los sacerdotes, llegó á ser un artículo de fe para la secta de los deístas. Los menos creyentes, aquellos á quienes se podría difícilmente dar el nombre de cristianos, tales como Bolingbroke, hablan con respeto del Cristo y de la revelación cristiana; y, sin embargo, Bolingbroke, amigo de Voltaire, está más cerca de la incredulidad francesa que del deísmo inglés. Esto prueba que el cristianismo de los deístas, lo mismo que el de los unitarios modernos, no tenía nada del cristianismo histórico; los primeros reformadores le hubieran rechazado tanto como los católicos romanos. Para los cristianos ortodoxos, sean luteranos, calvinistas ó católicos, el cristianismo consiste esencialmente en misterios; y en esta parte, los protestantes han ido más allá que los católicos, exagerando el principio de la fe, que, como revelada, es misteriosa é incomprensible para la razón. Uno de los primeros deístas, Toland, escribió en 1696 un libro con el título de *Cristianismo no misterioso*. El título solamente es una revolución, y hubiera bastado para que se le condenase, lo mismo en Ginebra y en Witemberg que en Roma. ¿Qué

(1) TOLAND, *The constitution of the christian church* (Collection, t. II, p. 130-132).

hubiera sido si los ortodoxos de antigua alcurnia hubieran abierto aquel famoso Cristianismo!

Toland confiesa desde la primera página que no está de acuerdo con los teólogos; según éstos, la religión cristiana consistiría esencialmente en misterios, y quieren que se les crea sin que se les comprenda, porque lo que constituye el misterio es el ser incomprensible. Pero la autoridad de aquéllos no arredra á nuestro audaz deísta; ha escuchado á todas las sectas acerca del misterio de la cena: ¿qué le han enseñado? Los católicos sostienen resueltamente la transubstanciación, ó sea la presencia real del cuerpo y sangre de Cristo, aun cuando nuestros ojos no perciban más que pan y vino. Después vienen los luteranos que, ahuecando la voz, gritan que los Romanos son idólatras y que su transubstanciación es tan absurda en el fondo como bárbara es la palabra. "Hay que creer, sin embargo, dicen, en la presencia real; bien quisiéramos creer lo contrario, añaden, pero nos vemos atados por el texto."—"No comprendéis las palabras del Cristo, les objetan los calvinistas; nosotros distinguimos."—Y su distinción es tan luminosa, que no se sabe si mantienen el misterio en su realidad ó si le espiritualizan. Zuinglio pretende á su vez que los ortodoxos materializan el misterio, pero él lo espiritualiza hasta tal punto, que no queda nada de él. Oid todavía á los arrianos y á los socinianos, y tendréis el fiel remedo de la torre de Babel. Y lo que completa el encanto singular de aquel aquelarre, es que todas las sectas se condenan las unas á las otras, con motivo de un misterio que cada cual no quiere aceptar sino con su interpretación, que dice es la única verdadera. ¡Admirad ahora el cristianismo misterioso!

¿Quién autoriza á cada secta para decir que su interpretación es la única verdadera? La Iglesia católica reclama para ella la infalibilidad, lo cual es un excelente medio de tener siempre razón. Pero los protestantes no quieren oír hablar de Iglesia infalible, y ¿cosa singular! en el mismo seno de la Iglesia infalible no se ha podido saber nunca á quién pertenece la infalibilidad, si á los papas ó á los concilios; este es un nuevo misterio tan incomprensible y no menos increíble que los dogmas de la teología. Pues dejemos á la Iglesia católica y preguntemos á las sectas protestantes cuál es su principio de certidumbre, y veremos que no tienen otro más que la razón. En filosofía nunca se ha re-

cusado esa autoridad, y es imposible recusarla en teología, á menos de volver al catolicismo, y acabamos de ver que con ello no se ganaría gran cosa. Hay, pues, que admitir que la razón es el único principio de certidumbre, y que su autoridad se extiende á la religión lo mismo que á la filosofía (1).

Pero el principio de la evidencia racional aplicado á la religión, ¿destruye la fe, como dicen los ortodoxos? Veamos antes qué es la fe. Fe significa creer. Si por fe se entiende una creencia ciega, que no tiene conciencia de lo que afirma, entonces bien se puede decir que no hace falta la razón. Pero ¿se concibe que Dios imponga una fe semejante á criaturas racionales? Que un déspota, ó mejor dicho, un impostor, exija que se le crea cerrando los ojos y los oídos, bien puede concebirse; pero ¿qué creencia será esa? Una preocupación, una ilusión, fundadas en una obediencia servil. No es así como Dios revela la verdad. Dios habla á seres dotados de razón, de una razón imperfecta, es verdad, puesto que son criaturas imperfectas; pero Dios, que los ha creado imperfectos, debe tener en cuenta su imperfección; y cuando les hable, debe hablarles en el lenguaje que esté al alcance de su inteligencia. Y esto supuesto, no puede haber ya cuestión de misterios revelados por Dios. ¿Cómo! ¿Dios consiente en comunicar la verdad á los hombres, y les había de decir palabras que llegando á sus oídos no tuvieran sentido alguno para sus inteligencias? Ved qué adelantados están: ¿saben que Dios es una Trinidad y no saben qué sentido dar á esa palabra! ¿no es eso igual á que Dios les dijese: "Creed que yo me llamo *Blictri*; yo no os diré qué significa esto, porque no lo podríais comprender?," Tal es el misterio de los teólogos. Y por esto y sobre esto nuestros ortodoxos se matan recíprocamente y miran desde lo alto de su soberano desprecio á los que ignoran que hay un *Blictri* y condenan á los que no quieren creer en él. ¡Oh estupidez humana! (2).

La fe de un ser racional no puede ser más que el asentimiento que preste su razón á una verdad que comprenda dentro del límite de su imperfección. De consiguiente, no puede haber fe sin que ante todo intervenga la razón para examinar y co-

(1) TOLAND, *Christianity not mysterious*, p. 1-6.

(2) TOLAND, *Christianity not mysterious*, p. 132 y siguientes.